

M. MAGALLANES
✠✠✠ - MOURE

MATICES

PRÓLOGO DE
I. GAMBOA:

Matices

M. Magallanes Moure

Matices

PRÓLOGO
DE ISAÍAS GAMBOA

SANTIAGO

Imprenta, Encuadernación i Litografía Esmeralda

30 — BANDERA — 30

MCMIV

Prólogo

.. El difunto Hoffman hubiera pintado las nubes de abigarrados colores; mas, precisamente, la Naturaleza, como un gran poeta, sabe producir los efectos mas grandes con poquisimos medios, que no son mas que un sol, arboles, flores, agua i amor. Mas, seguramente, si falta el último en el corazon del espectador, presentará todo un miserable aspecto, i el sol tendrá entónces no mas que tantas o cuantas leguas de diámetro los árboles seran buenos para leña, las flores para clasificadas segun sus estambres, i el agua una cosa húmeda.

H K I N E .

Sobremesa alegre

A ISAIAS GAMBOA



Sobremesa alegre

La viejecita rie como una muchachuela
contándonos la historia de sus dias mas bellos.
Dice la viejecita: «¡Oh que tiempos aquellos
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!»

La viejecita rie como un picaruela
i en sus ojillos brincan maliciosos destellos.

¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre su tez rugosa de color de canela!

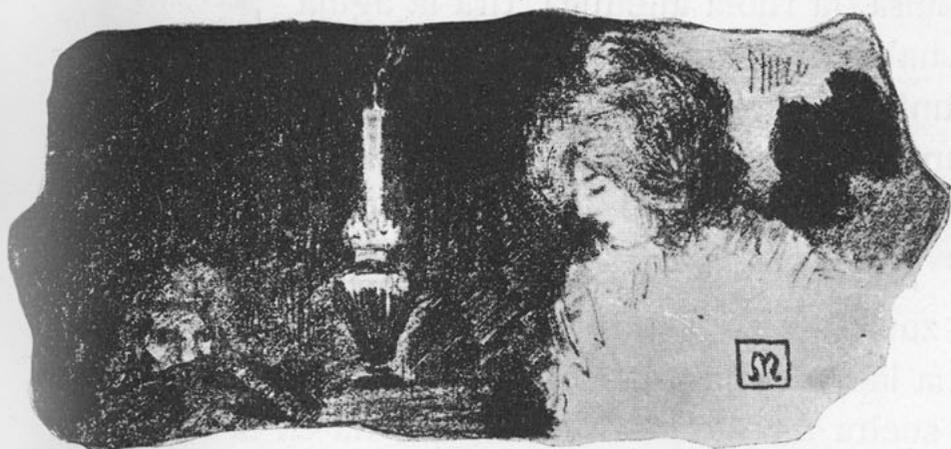
La viejecita olvida todo cuanto la agobia
i ríen las arrugas de su cara bendita
i corren por su cuerpo deliciosos temblores.

I mi novia me mira i yo miro a mi novia
i reimos, reimos,... miéntras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

Noche de Invierno

A RAFAEL ANJEL TROYO,

EN COSTA RICA



Noche de Invierno

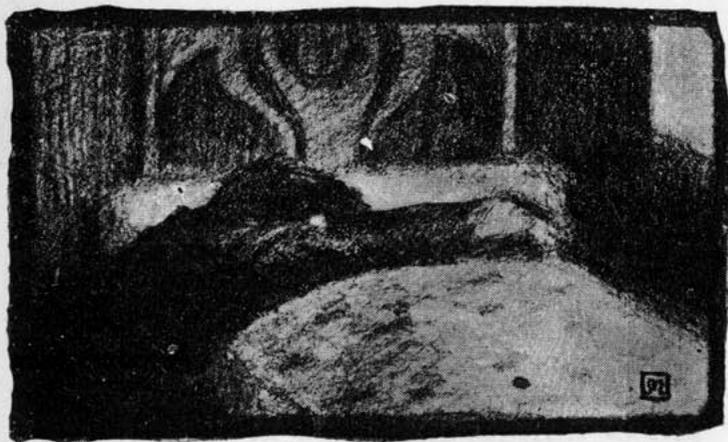
En tanto que la lluvia gotas desgrana
que al chocar en los vidrios de la ventana
semejan picotazos de ave nocturna,
a la luz de una lámpara taciturna,
que apenas rasga el velo de negra sombra,
en un cuarto sin sillas i sin alfombra

Luisa, la rubia anémica, tira la aguja
i habla con una vieja que se arrebuja
junto al tibio brasero donde agoniza
un tizon que se vuelve blanca ceniza.

Por entre las rendijas se cuele el viento
i zumba, rezongando con bronco acento.
La lámpara su roja luz contorsiona
i suelta una hebra de humo que da en la lona
del techo, sombréandola fugazmente.
Chorrea el agua afuera, como un torrente;
los caños se desbordan borbotoneando
i un hilo de agua cae de vez en cuando
desde el alero en ruinas, i triste suena
como un llanto cayendo sobre una pena.

I en tanto que la lluvia gotas desgrana
que salpican los vidrios de la ventana
i en las pozas murmuran su cristalina
cancion los gorgoritos, i en una esquina
lóbrega de la estancia suena el pausado
compas de una gotera sobre el tablado,
Luisa, la rubia anémica, tira la aguja,
miéntras duerme la vieja como una bruja
junto al frio brasero donde agoniza
una chispa cubierta por la ceniza.

De mis días tristes.



De mis días tristes.

Quedo, mui quedo, penetré a tu alcoba
i ahogando el rumor de mis pisadas,
avancé...

Ya la luz desfallecia.
El aposento sumerjido estaba
en una claridad ténue i dudosa;

i era esa claridad así tan lánguida
como la suave luz de tus pupilas
cuando mi boca febriciente i ávida
muerde la dulce carne de tus labios...
Entónces languidecen tus miradas
con desfallecimientos de crepúsculo.

En el limpio cristal de la ventana
agonizan reflejos purpurinos
i las sombras jerminan en la estancia,
como un florecimiento de tristezas
en los pliegues recónditos de un alma.

Flota un vago perfume... Así el perfume
de tu alma de mujer enamorada.
Así tan leve, así tan vago... Acaso
este perfume delicioso es tu alma!
Acaso este perfume es el espíritu
de aquellas pobres rosas deshojadas
que por buscar el sol del vaso huyeron
i sin sol se quedaron i sin agua...
Acaso este perfume delicioso
así tan leve, así tan vago, es tu alma!

Aquí la mesa pequeñita en donde
llorando escribes tus amantes cartas;
allí tu traje rosa, cuya seda
el tibio aroma de tu cuerpo guarda;
allá en el muro, hundida en la penumbra,
la silueta borrosa de una santa;
acá el vacío espejo de Venecia
como un pozo de sombra, i de la estancia
en un ángulo oscuro, el blanco lecho,
como un altar de albura inmaculada!

De rodillas caí junto a aquel lecho
i convulso de amor besé la almohada,
i el tibio aroma de tu carne vírjen
busqué, besando las revueltas sábanas
que ajé ardorosamente en mi locura...

I hallé las dulces huellas que buscaba
i el tibio aroma de tu cuerpo amado
llegó hasta el fondo mismo de mi alma.

I lloré de placer i de amargura,
i amoroso besé, mordí con rabia
i fué un delirio enorme i angustioso...

Temblé.

Miré en redor i mi mirada
se hundió en la negra sombra de la noche.

Sentí fuego en los ojos...—Eran lágrimas.
Tambaleando salí, como un demente,
i abierta i sola se quedó tu estancia...

Apunte matinal



Apunte matinal

Azul el cielo, claro el ambiente
i el sol cayendo que es una gloria
sobre la tierra plena de jérmenes,
sobre los árboles que ya retoñan
i sobre el viejo rancho que el musgo
con su verdoso tapiz decora.

A campo abierto calor de estío,
hielo de sótano allá a la sombra
i un vientecillo de cordillera
sopla que sopla.

Al sol relucen las telarañas,
brillan los nuevos brotes que asoman,
fulgura el agua de las acequias
i resplandecen todas las cosas.

Van disparados los picaflones.
Al paso lanzan su punzadoras
risas i piérdense entre los árboles
como guijarros que suelta la honda.

Un gallo aítivo, de airoso porte,
canta su aguda cancion sonora
i al viento ondean las réjias plumas
tornasoladas de su gran cola.

Sobre la tapia, derruida en partes,
un soñoliento gato reposa,
tumbado el cuerpo, caido el rabo
i hechas un ramo las patas flojas.

Trazando curvas i serpenteos
desgrana el agua sus frescas notas

i cauce abajo, como madeja
sus hebras líquidas desarrolla.

I alegre rie todo el paisaje
cuando ella pasa, la niña hermosa,
ritmando endechas, cojiendo flores,
no cual la Ofelia rubia i clorótica
de William Shékspiar, sino como una
ninfa morena de estirpe criolla,
como una ninfa robusta i brava
de ojos llameantes i boca roja.

De verano

A SAMUEL A. LILLO



De verano

Es la tarde. Los rayos del sol se alargan
i hacen llamear el oro de las espigas
i a los piés de los álamos verdeoscuros
arrojan largas sombras que se deslizan
por la estensa llanura, suben i bajan,
se quiebran en las tapias i retorcidas

culebream, hundiéndose en las acequias
para correr de nuevo por la campiña.

A un vientecillo fresco del sur, las hojas
de los álamos verdes alegres brincan,
mientras un calofrío de luz recorre
la ondeante superficie del mar de espigas.

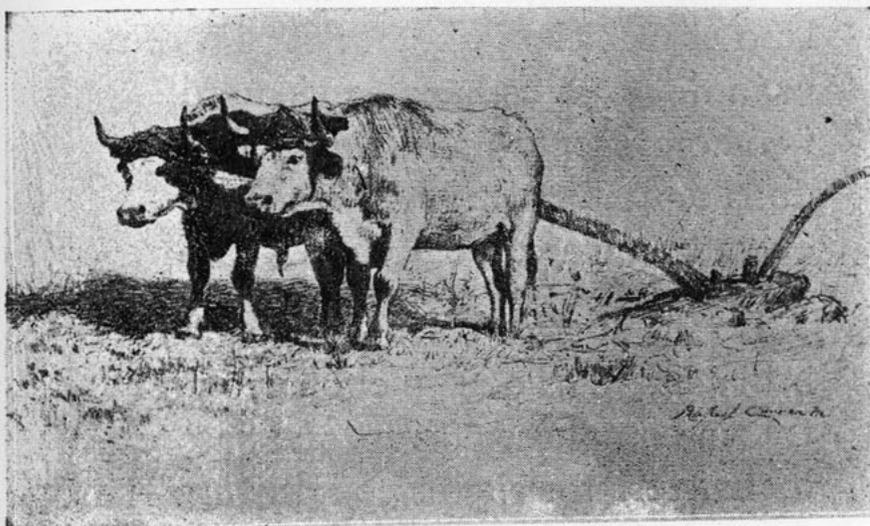
Fuertemente encorvados los rudos torsos,
los brazos a lo largo de las rodillas,
de frente al sol que se hunde, los segadores
semejant a lo léjos estraña fila
de adoradores indios que se prosternan
ante el sol, cuyo enorme disco rebrilla
como la faz gloriosa de un dios alegre,
de un buen dios mui alegre, cuya sonrisa
hace surtir océanos de rubio trigo,
hace nacer las flores de la campiña,
hace tejer los nidos entre las ramas
i hace unirse los labios, cual flores vivas
que confunden sus mieles...

...El sol se ha ido.

—I por las alamedas semi-sombrías
se van alegremente los segadores
cantando zamacuecas i seguidillas...

Los bueyes

A RAFAEL CORREA M.



Los bueyes

Vae Victis!

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud i nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo i nada miran

sino la senda misma, i nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
i cómo aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas, que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la pájina inmensa del camino,
la sombría odisea de sus crueles
marchas interminables, a lo largo
de una ruta sin fin.

Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables nervios estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión, ni el súbito deleite
del ardoroso amor.

Ellos ignoran
todo lo que es placer i no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de sus vientres.

No juegan: el dolor los tornó graves.
No retozan: están mui tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores
conducen el ganado al campo verde,
los ternerrillos brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas,
—que miran como miran las mujeres—
van en nutridos grupos jugueteando
por la empinada senda hasta perderse
tras la silueta de una loma,—sólo
los pensativos, los adustos bueyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aun pesara sobre ellas
el humillante yugo...

Cuántas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas, a la ténue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro, lleno de altiveces,
con una mansa ternerrilla jóven
de ancas llenas, redondas i lucientes...

I ellos, no aman ya... Son los eunucos
que en el harem del campo languidecen
mirando las caricias que se hacen
el sultan de las bravas altiveces
i la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breve
relámpago ardoroso...

¡Acaso olvidan
su triste condicion! Quizá recuerden
el luminoso tiempo en que ellos fueron
tambien sultanes del harem campestre...

Pero es sólo un relámpago i bien pronto
se estingue; entónces sus miradas vuelven
a ser dulces, süaves, resignadas.
Entónces sus pupilas nuevamente
jiran con grave lentitud i nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo i nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados a la sombra de algun álamo
cuya elevada ramazon se iergue
en mitad del potrero, a esa hora

en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
a cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel, a fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana,
caidas las orejas, como imbéciles,
ahí están, los esclavos del trabajo,
los eünucos del harem campestre,
los que no aman, ni juegan, ni retozan,
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

Agreste



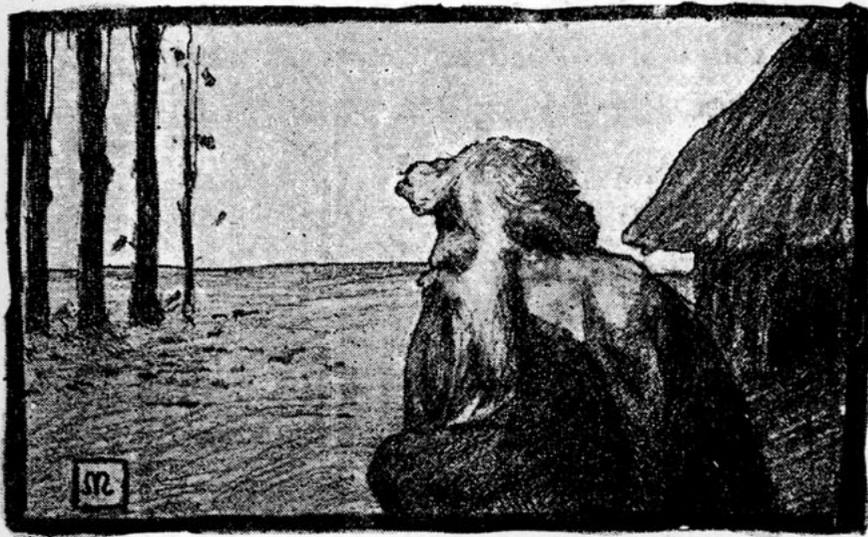
Agreste

El sol da su gran beso lujurioso a los jóvenes
maices que en sus tallos se empinan gravemente
luciendo el atavio de sus verdes cintajos;
a la alba correhuela, cual copa de alabastro,
con cuya miel se embriagan lejiones de mosquitos;
a la abierta biznaga, cual sombrilla minúscula
que da sombra i frescura a las verdes cantáridas;

a la flor de zapallo, que es el sagrado cáliz
de oro, donde comulgan las místicas abejas
i a la niña que viene con su traje rosado
saltando alegremente por entre la maleza,
toda ella tan fresca como una rosa viva...

I a su paso se alzan en tropel luminoso
las cantáridas verdes i las moscas azules
i los mosquitos áureos, cuyos esmaltes brillan
al sol con los fulgores de las piedras preciosas.

Final de Otoño.



Final de Otoño

Agoniza en el mísero aposento
la llama del hogar. Un melancólico
fulgor oscila al pié del blanco muro
i alumbra tristemente los contornos
de las combadas vigas.

A intervalos

sopla el viento sus lúgubres rezongos
por entre las rendijas de la puerta.
Entónces de la hoguera se alzan rojos
destellos que en la sombra se dilatan,
como miradas de terror, que a poco
se estinguen en un súbito desmayo.

Cae la lluvia, rómpense los chorros
en las sonoras charcas i chasquean
las gotas que con ímpetu rabioso
arroja el vendaval contra los vidrios.

En la mísera estancia, al melancólico
resplandor de la lumbre agonizante,
hundidos en sus lechos haraposos,
los viejos hablan pausadamente.

Dice el anciano como en un sollozo:
—«A la tarde, hoi he visto desprenderse
las postrimeras hojas.

Poco a poco
cayeron i, como aves moribundas,
trazaron ámplios círculos en torno
de los desnudos árboles. El cierzo
vino despues i las echó al arroyo.

Entónces yo las ví cómo subían
i bajaban flotando sobre el dorso
de la fugaz corriente.

Un calofrío
estremeció los descarnados troncos,
cuyos ganchos sin hojas se ajitaron
en un espasmo convulsivo, como
si fueran a romperse...»

Con voz suave
la anciana dice tristemente:—«Somos
en nuestra soledad como los viejos
árboles sin follaje. En el otoño
de la vida, perdimos nuestras galas.

Del cierzo de la muerte al frío soplo
cayeron nuestros hijos, como al viento
caen las hojas otoñales. Solos
estamos en el campo de la vida,
como esos negros i torcidos troncos
que las rachas combaten.

Uno a uno
se fueron nuestros hijos al ignoto
pais a donde van viajeros pálidos
que no vuelven jamas.

En el otoño
de la vida, como árboles perdimos
nuestro follaje único...

Los troncos
volveran a cubrirse en primavera
de nuevas hojas verdes i nosotros
por siempre nunca recobrar podremos
nuestras hojas caidas...»

En el lóbrego
aposeno la llama moribunda
del hogar se apagó.

Los bulliciosos
chasquidos de la lluvia se extinguieron;
del viento se acallaron los rezongos
i, en medio del silencio de la noche,
los dos viejos, tendidos en el fondo
de la sombría estancia, se quedaron
mudos tambien. I sus abiertos ojos
se dilataron en la negra sombra
i mirando sin ver, en cruel insomnio
se quedaron pensando en otros tiempos...

...Cuando vertia el sol sus rayos de oro
sobre la limpia choza i era buena

la vida i florecia el campo i todo
respiraba contento. Cuando alegres
resonaban los cánticos sonoros
de los rubios muchachos que jugaban
entre las flores del jardin i en torno
del alero volaban gorjeando
risueñas golondrinas.....

Cuando el alba
filtró un ténue reguero luminoso
por el resquicio de la puerta, siempre
los dos viejos, tendidos en el fondo
de la estancia sin luz, permanecían
mudos i sin cerrar sus turbios ojos.

El damasco

A VÍCTOR DOMINGO SILVA



El damasco

Es su forma redonda como el pecho
de una mujer desnuda, como la onda
que opulenta describe tu redonda
cadera—oh mi Khrysis!—cuando haces lecho
de la olorosa hierba de la fronda.

Suave su roja piel, como una tersa
mejilla de mujer, como una boca
roja de mujer sana que provoca
a la caricia lúbrica i perversa
de una boca aplastando a la otra boca.

Dulce su carne roja, como labios
empapados en miel, como unos gruesos
labios rojos que incitan a los besos
largos i voluptuosos,—labios sabios
en el arte de dar supremos besos.

I su aroma sensual, como el perfume
que tu cuerpo—¡oh Khrysis!—süave exhala
cuando la blanca túnica resbala
i tu alba carne, que el amor consume,
aroma tibio i turbador exhala...

De nuestra vida



De nuestra vida.

Ella reposa perezosamente
acostada en el lecho; tras la nuca
las manos finas, largas, escondiéndose
entre la profusion de los cabellos,
como dos aves blancas que, acosadas,
buscan refugio en la maraña oscura.

En tanto, vagan sus abiertos ojos
sin detenerse fijamente en nada.
I sus ojos parécenme dos sueños
que tuvieran pupilas i miraran.

Por el postigo, apénas entreabierto,
pasa una luz discreta, una luz íntima,
como luz de crepúsculo. En la alcoba
flota un perfume tibio, ese perfume
que es como el alma de los besos idos.

Entónces mi cabeza vá a posarse
junto a la de ella, i ella me sonrío
i su sonrisa es elocuente, como
una frase de amor; i su sonrisa
es como si en lenguaje luminoso
i mudo me dijera «yo te amo!»

Despues i para hacer aun mas viva
nuestra felicidad, nos recordamos
aquellos *días tristes*, cuando todos
escarnecían nuestro amor; aquellos
días de la ausencia, en que probamos
todas las amarguras de la vida...

Ella habla dulcemente, i por sus ojos
pasa la sucesion de los recuerdos,

como esas leves nubes que no alcanzan
a empañar el fulgor del sol, en estos
dias primaverales...

Me refiere
sus angustias de entónces i me pide
que le cuente las mías.

Yo la digo
mis pasadas congojas, mis horribles
martirios i mis trájicos dolores.

Ella me escucha recojida i luego,
ántes que yo concluya mi relato,
me echa al cuello los brazos, yo la oprimo
contra mi pecho i juntos nuestros labios
fórman sólo una boca i nuestras almas
fórman al confundirse una alma sola.

Indice

	Páj.
PRÓLOGO.	VII
Sobremesa alegre.	5
Noche de invierno.	9
De mis dias tristes.	13
Apunte matinal.	19
De verano.	25
Los bueyes.	29
Agreste.	37
Final de otoño.	41
El damasco.	49
De nuestra vida.	53